



Editorial Xplora 2014

Páginas: 216 pg.

Dimensiones: 15x22 cm

ISBN. 978-84-15797-25-8

Disponible en ebook y papel  
en librerías y en :  
[editorialxplora.com/tienda](http://editorialxplora.com/tienda)

EDITORIAL XPLORA

*Lee viajando. Viaja leyendo*

[www.editorialxplora.com](http://www.editorialxplora.com)

[info@editorialxplora.com](mailto:info@editorialxplora.com)

*XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.*



# I

## DEL VALLE A LA ISLA

Desde el pequeño pueblo de Gestalgar, encajado en un valle del río Turia en la provincia de Valencia, hasta la isla de Högmarsö, en el archipiélago de Estocolmo, hay, a vuelo de pájaro, más de 3.500 kilómetros. Desde la casa de mis abuelos –en el número 8 de la calle Larga–, donde pasé los veranos de mi infancia y buena parte de mi adolescencia, hasta la puerta de la casa de los Esscher, en una de las bahías de la isla de Högmarsö, hay muchas horas de viaje. Hoy en día, para cubrir ese trayecto de la manera más barata posible, se debe coger un autobús para llegar al aeropuerto de Manises y, desde allí, un avión *low-cost* que aterrice en uno de los dos destinos que estas compañías venden como Estocolmo (Skavsta y Västerås), aunque, en realidad, están a más de 100 kilómetros al sur y al oeste, respectivamente, de la capital sueca. Desde estos aeródromos –nadie que haya viajado un poco puede llamarlos aeropuertos– salen autobuses que dejan a los pasajeros en la *T-Centralen*, la estación central de trenes de Estocolmo, donde se puede coger el *Tunnelbanna*, el metro, para ir a la parada de *Kungliga Tekniska Högskolan*, de donde salen los autobuses de línea regular que llevan a Nörrtelje. Después de un hora y cuarto el transporte llegará a la estación de esta pequeña ciudad y, allí, dado que el billete aún es válido,

hay que tomar el 632 o el 634 que llevan, respectivamente, a Yxlan o a Furusund. Tanto el uno como el otro tienen una parada llamada Högmarsö Brygga, o sea, el embarcadero de Högmarsö. Aún nos queda otro medio de transporte que utilizar, el mejor: el ferry. Aunque los automóviles pagan 60 coronas suecas por trayecto, para peatones y ciclistas el cruce es gratis. El ferry es un monstruo de acero pintado de naranja cuyo potente motor tensa los cables submarinos para producir una sinfonía de hierro, viento y agua cortada en su proa y remolinos en su popa. El paso apenas dura unos minutos, pero es la mejor parte del viaje porque ofrece, al menos para el que esto escribe, una de las mejores vistas del archipiélago de Estocolmo, el *Skärgården*, el Jardín de las Rocas. Es posible que haya otros puntos desde donde se muestre más bello, más espectacular o más poético. No obstante, fue desde esta barca de Caronte, que olía a hierro y gasoil, donde lo contemplé por primera vez y la ronca canción de los cables de acero mezclada con los gritos de las gaviotas y el viento entre la espesura verde me produjo, hace ya más de 20 años, la misma impresión que consigue provocarme cada vez que hago el viaje. La otra orilla ya es Högmarsö. Desde el embarcadero hasta la casa de los Esscher hay poco más de un kilómetro que se desliza entre dos suaves colinas tapizadas con un bosque de abetos y abedules, así como jardines más o menos cuidados según la maña y las ganas de los propietarios de las casas pintadas de rojo de Falun con ventanas blancas. No se puede caminar más de un par de minutos sin perder de vista el agua. El mar se percibe mucho más allí que en cualquier otra parte donde he estado. Se ve, se huele, se siente en la piel. En ningún otro lugar del mundo se tiene esa sensación de estar tan rodeado de agua, ni siquiera en un barco.

Como ya he mencionado, hice ese trayecto por primera vez hace más de dos décadas. Lo hice en coche. La velocidad está limitada a 30 kilómetros por hora en la única carretera asfaltada que cruza esta isla de poco más de 2.000 metros cuadrados. Aunque su población llega al millar de personas durante el brevísimo verano sueco, 40 almas viven allí durante todo el año. No creo que aquella primera vez fuera consciente de que mi destino era una isla. El viaje desde Estocolmo

había terminado de machacar mi ya escaso sentido de la orientación. Como le pasaba a Miguel Espejo, el protagonista de la novela *Congreso en Estocolmo* de José Luis Sampedro, “ignoraba ya qué tierra era continente, ante aquel paisaje del archipiélago de Estocolmo, con sus miles de islotes. A diferencia de las islas danesas, estas eran todas peñascosas. Las menores, pura firmeza geológica del granito rasgando la seda de las aguas. Las demás, sustentando negras tropas de abetos sobre los cantiles y, a veces, con alguna roja casita de ventanas blancas. Las puntas de sierra de los abetos recortaban un azul celeste tan dulce como el que ondulaba en los pliegues de la bandera sueca, izada sobre el jardín. Todo tan impregnado por la blandura del agua inmóvil...”.

Aunque para llegar desde Gestalgar a Högmarsö se necesita menos de un día, hace 20 años que el autor de estas páginas está inmerso en este viaje. Y tengo la sensación de seguir estando en la mitad del camino. Ulises necesitó 10 años desde que salió desde las playas de Troya hasta que arribó a las costas de Ítaca. Moisés tardó 40 en guiar al pueblo de Israel desde Egipto a Canaán y ni siquiera consiguió llegar. Marco Polo empleó 17 años de su vida en ir y volver desde Venecia a la corte china del Kublai Khan. Esta aventura la empecé en julio de 1990, con 18 años recién cumplidos y ahora, recién pasados los 40, sigo en ella. Durante todo este tiempo el objetivo ha sido siempre el mismo: conocer Suecia para conocerme a mí mismo. Pero no se trata de saber más o menos cosas del país nórdico, paradigma de tantas cosas y lugar común de tantos tópicos para los europeos del sur. No es el conocimiento de un turista de crucero que pasa unas pocas horas en Estocolmo después de visitar Copenhague y mientras espera las excursiones a Helsinki, Tallin y Riga. Ni tan siquiera de aquellos que pasan una semana en la capital sueca y alrededores. Se trata de conocer de verdad, de entender los mecanismos sociales, culturales, políticos y económicos que convierten a un país y a la gente que lo habita en lo que es. De exprimir como un limón esa cultura extraña, esa forma de vivir tan lejana. He necesitado más de 20 años para hacer, más o menos, la mitad del camino. Decía Rudyard Kipling que, entre todos los dones de la tierra, “hay pocos comparables con la alegría de entrar en contacto con un nuevo país.

Tanto da que se hayan escrito sobre él enciclopedias enteras; cada nuevo espectador es, para sí mismo, un Hernán Cortés”. El Hernán Cortés que escribe estas páginas no llegó a quemar sus barcos en las orillas de esa minúscula isla del Báltico, porque, entre otras cosas, las ha necesitado durante dos décadas para volver una y otra vez a la misma pequeña bahía bordeada de abetos y abedules y ver, desde lo alto de la loma, la bajada hasta el embarcadero y el agua mansa y negra del *Östersjön* –el Mar del Este, tal y como le llaman los suecos– sembrado de rocas, árboles y barcos de todos los tipos, tamaños y colores. En más de una ocasión, en el mástil que se levanta a un par de pasos del inicio del embarcadero, una *Senyera* valenciana o una bandera española me han dado la bienvenida.

Mary Welsh, experiodista de la revista *Time* y última esposa de Ernest Hemingway, fue quien tituló el libro póstumo del escritor norteamericano: *París era una fiesta*. La frase la tomó Welsh de una carta que Hemingway escribió a un amigo en 1950 en la que le decía: “Si tienes la suerte de haber vivido en París cuando joven, luego París te acompañará vayas adonde vayas, todo el resto de tu vida, ya que París es una fiesta que nos sigue”. Yo tuve la suerte de vivir en Suecia de joven, apenas un adolescente que entraba en su edad adulta y, desde entonces, ese país me ha acompañado durante estos años en prácticamente todos los aspectos de mi vida. Para mí, Suecia también fue una fiesta. La lengua sueca –tan distante y extraña para un hablante de idiomas latinos– tiene la virtud, a veces irritante, de juntar términos que, a priori, tienen poco o nada que ver para alumbrar una palabra de significado mucho más amplio y también, en ocasiones, distinto. Hasta la industrialización –que allí, como en España, fue tardía– el país nórdico apenas tenía ciudades dignas de tal nombre. La sociedad sueca era rural y la gente vivía, de forma mayoritaria, en granjas bastante distantes entre sí. La mera necesidad humana de relacionarse provocaba la celebración de reuniones sociales y fiestas donde se juntaban los habitantes de las granjas cercanas. *Fiesta* o *celebración*, en sueco, se dice *kallas* y en estas era costumbre que los invitados llevaran comida o bebida a los anfitriones para colaborar en el festejo. Estas viandas eran

portadas en un pañuelo o lienzo anudado y, en sueco, *nudo* se dice *knyt*, con lo que una fiesta donde todo el mundo colabora con algo de comer o de beber (el equivalente a nuestras comidas o cenas de sobaquillo, solo que en Suecia son mucho más comunes) se denomina *knytkallas*, o sea, *fiesta de nudo*. Durante dos décadas, aquella experiencia de mi juventud ha sido mi *knytkallas* y en ese lienzo anudado –que con el tiempo se ha hecho cada vez más grande– metí en su día la lengua, la cultura, la gastronomía, la historia y todo lo que he podido aprehender de la forma de entender la vida de los suecos. Con sus grandezas y sus miserias; con sus errores y sus aciertos; con sus luces y con sus sombras. Y no únicamente las suyas. También las mías, es decir, las nuestras. Lo más fascinante de un viaje no solo es descubrir otra cultura, si no experimentar el extraño proceso de conocer mejor la propia a partir de la comparación.

No es casualidad que el castellano sea el tercer idioma más hablado del mundo tras el chino y el inglés. La colonización americana hizo de los españoles, grandes viajeros. Sin embargo, la Edad Contemporánea ha sido cruel, en especial, con nosotros. El torbellino de la Historia, de nuestra Historia más reciente, nos convirtió, hasta hace no mucho, en un país atrasado, pobre, ensimismado en sus propias miserias y perdido en sus propios laberintos; e incluso nos volvemos a meter en ellos de tanto en tanto. Esto no es un tratado de Historia, ni de Política, ni de Economía. Pero hay que tener en cuenta de dónde partíamos para comprobar dónde hemos llegado, si es que hemos llegado a alguna parte. Durante una buena porción del siglo XIX y las tres cuartas partes del siglo XX, los españoles viajaron, sobre todo, por necesidad. O había que poner tierra de por medio para huir de la política o la guerra o para escapar del hambre y la pobreza. Sin embargo, a partir de los años 80, los españoles empezamos a viajar con otros objetivos: desde el simple turismo en cualquiera de sus formas, hasta –como fue mi caso– para aprender. Hay buenos profesionales españoles de todas las disciplinas repartidos por medio mundo y, aunque nuestro dominio de otros idiomas sigue siendo deficiente por causas tan difíciles de explicar como de comprender, el viajar ya no es privilegio de unos pocos

o necesidad de algunos, si no una “benigna epidemia”, tal y como dice Javier Reverte quien añade que “hacer el viaje de cada año, es casi un rito para muchos iberos, como celebrar el cumpleaños o las bodas de plata. Se trata de un fenómeno que, sin duda, ha contribuido no poco a enriquecer nuestro espíritu”.

Como todas las cosas, al principio era algo extraño pero, poco a poco, se ha ido extendiendo. Como decía antes, la década de los años ochenta del pasado siglo fue el escenario temporal donde se propició que estudiantes españoles empezaran a viajar para aprender idiomas. No es que antes no existieran tales viajes, pero estaban reservados a muy pocos privilegiados que podían pagar ese tipo de educación de élite. De forma progresiva, las estancias en Inglaterra o Irlanda durante el verano se fueron haciendo cada vez más comunes y los intercambios de adolescentes se generalizaron. El mes en las Islas Británicas se transformó en un año en Estados Unidos gracias a la acción de organizaciones como AFS-Intercultura o el Rotary Club, por citar dos de las más conocidas, que propiciaban (y aún lo hacen) los intercambios de estudiantes de enseñanzas medias entre familias de diferentes países. Después llegó el Programa Erasmus de la Unión Europea para el intercambio de alumnos entre las distintas universidades del Viejo Continente y, desde entonces, el vivir durante un tiempo, corto o largo, en otro país y conocer mucho o poco su lengua, sus costumbres o su forma de entender la vida, ya no era una cuestión que solo podía incumbir a ricos que se lo podían permitir o a refugiados o exiliados por cualquier circunstancia, como aquella generación de españoles que tuvieron en Francia, Alemania o Suiza la única posibilidad de obtener pan, trabajo y dignidad.

Yo fui uno de aquellos estudiantes. El 27 de julio de 1990, con 22 kilos de equipaje que albergaba todas las cosas que podía necesitar durante todo un año, un yo jovencísimo subió a un avión de la SAS desde Madrid con destino a Estocolmo. Dice Javier Reverte, para mí el mejor escritor de viajes en español de los últimos tiempos, que en los grandes viajes, “hay que estar dispuesto a dejar de ser quien eres para convertirte en una persona distinta”. Naturalmente, con 18 años



cumplidos aquel mismo día no era todavía demasiado consciente de ser nadie en concreto, con lo que resultó fácil convertirme en otra cosa, si es que lo hice. Durante 12 meses viví con una familia sueca; estudié en un instituto sueco; me reí en sueco; lloré en sueco; me emborraché en sueco; me enamoré en sueco y me rompieron el corazón también en sueco. Después de la estancia, Suecia se había agarrado a mi corazón y a mi cabeza como una lapa y, durante más de 20 años, no se ha soltado ni un solo día. He vuelto allí siempre que me ha sido posible y mis amigos –ya familiares más bien– suecos han venido a España en múltiples ocasiones. El viaje llegará pronto al cuarto de siglo de duración y no parece que se vaya a terminar, puesto que una nueva generación ya está implicada en esta experiencia que ha supuesto trayectos de ida y vuelta en muchos sentidos.

Este es un libro de viajes, aunque se circunscribe a un solo país y a una sola sociedad que, en nuestra mente, sigue atada por los nudos de los tópicos. No se trata, qué duda cabe, de un destino demasiado exótico si se compara con otras obras del género de la literatura de viajes. En estas páginas no se van a encontrar grandes aventuras en junglas tropicales de África, ni epopeyas náuticas en los Mares del Sur, ni odiseas de alpinismo en las cumbres del Himalaya. Tampoco pretende ser una guía al uso donde encontrar buenos alojamientos, pintorescos restaurantes u horarios de museos. Al que esto escribe le ha costado media vida empezar a entender por qué Suecia y los suecos son como son e, insisto, creo que sigo en la mitad del camino y estas páginas son la mejor prueba de ello. Durante más de dos décadas he recorrido el país, he vivido con su gente y he compartido buenos y malos momentos. También ellos han venido a España en muchas ocasiones y a diferentes destinos (desde Mallorca a Granada pasando por Ávila o Santiago y, como es natural, Valencia y Gestalgar) y de ese intercambio constante a lo largo de tanto tiempo floreció algo que podríamos denominar como conocimiento mutuo, tanto de la cultura ajena como de la propia. El proceso es lento, unas veces esperanzador y otras irritante. Hay cosas que no se pueden llegar a comprender del todo y costumbres y modos extraños que, por algún misterioso método, se asimilan y forman parte

de uno mismo para siempre, a pesar de haberlos aprendido tan lejos y hace tantísimo tiempo. Intentar entender a los suecos ha servido, sobre todo, para entenderme a mí mismo. Es como mirar un cuadro: si se planta la nariz a pocos centímetros de *Las Meninas* de Velázquez no se podrá percibir nada; es cuando uno se aleja cuando advierte la obra en toda su magnitud.

Ernest Hemingway aconsejó a su amigo el pescador cubano Samuelson: “Nunca escribas sobre un lugar hasta que estés lejos de él, porque ese alejamiento te da una mayor perspectiva. Después de ver algo puedes trazar una descripción perfecta, pero nunca será una escritura creativa”. Aquí desobedezco al maestro norteamericano y ¿casualidad o destino? Premio Nobel de Literatura en 1954. Las primeras páginas de este libro se escriben desde Högmarsö, en la pequeña casa de huéspedes de la propiedad de los Esscher una tarde de finales de julio de 2012 donde el sol del Norte luce espléndido. He visto pocos lugares en el mundo tan bonitos como este. Es una casa pintada de rojo y a través de la ventana de marcos blancos se ve la bahía de siempre, de agua tranquila y oscura, de donde brotan masas verdes de altos árboles o rocas grises como balandros inmóviles. Los barcos se mecen con suavidad amarrados a los *norays* de madera del embarcadero familiar y, al fondo, las colosales naves que cruzan el Báltico por el canal de Blidö rumbo a Helsinki, Mariehamn, Tallin, Riga o San Petersburgo capturan la mirada con su paso tranquilo y majestuoso: leviatanes blancos que a pesar de su tamaño no alteran el paisaje lacustre de agua, roca, cielo y árboles.

Suecia es un destino, si no extremadamente popular entre los españoles, sí bastante bien conocido. Cruceros por las capitales bálticas que incluyen, como es lógico, Estocolmo se han popularizado mucho en los últimos años. Las compañías aéreas de bajo coste también han ayudado a acercarnos Suecia. Aunque se trata de un país enorme en extensión, en términos europeos, está poco poblado (9.075.055 habitantes, según el último censo) y casi toda la población vive en el sur. Por ello, la inmensa mayoría de españoles que lo ha visitado se ha limitado a la capital. No obstante también las ciudades universitarias,

como Upsala, Gotemburgo (*Göteborg*, en sueco) Lund o Malmö, han sido destinos, sobre todo, para los estudiantes del Programa Erasmus.

Ninna –una de mis hermanas suecas a quien presentaré más adelante– me contó hace pocas semanas que una pareja de amigos suyos de Estocolmo estaba inmersa en un proceso de adopción internacional. La agencia que realizaba los trámites les había pedido fotografías de su vida familiar para enviarlas a las autoridades de Filipinas, de donde procedía el menor. Esta pareja, padres ya de una niña, seleccionaron del álbum familiar aquellas imágenes que, para las familias suecas, suponen el epítome de la felicidad. En una de ellas se veía a la niña jugando descalza y casi desnuda sobre el césped de un jardín salvaje, en un entorno rural y bajo el sol tibio del verano nórdico. En otra se veía a la madre y a la niña con delantales, en la cocina, amasando harina para hacer galletas o, quizá, un pastel de cumpleaños. La agencia de adopción rechazó de plano aquellas imágenes, porque sabían que las autoridades filipinas quedarían horrorizadas. La niña descalza y medio desnuda corriendo por un jardín dejado crecer a su aire iba a ser interpretado como que la familia no tenía bastante dinero para vestir y calzar a sus hijos de manera adecuada. El escenario de la naturaleza se tomaría como un hábitat rural y eso, en términos del Tercer Mundo, significa necesariamente pobreza y, para colmo, una fotografía donde se veía a una niña amasando harina era signo evidente de que le obligaban a trabajar. Por todo ello, aquella pareja se hizo nuevas fotos en el centro de Estocolmo, vestidos como para ir a una boda, y las acompañaron de otras nuevas en el salón de su casa donde se veía bien la televisión de plasma, un sinfín de electrodomésticos y un gran coche aparcado en la puerta. Lo que es bueno y correcto para los filipinos no lo es para los suecos.

De la anécdota –que muestra como pocas hasta dónde puede llegar un choque cultural– hay que quedarse con la primera estampa: la de la niña descalza y medio desnuda jugando en un jardín que parece comido por las malas hierbas. A pesar de que Suecia es uno de los países más desarrollados, ricos y avanzados del mundo en todos los sentidos, entre ellos hay un gusto por lo primitivo, por lo sencillo, por

lo simple que, después de todo este tiempo, no deja de sorprenderme. Högmarsö es el ejemplo más evidente de ello. Cuando llegué allí por primera vez, en la casa de los Esscher no había ducha, solo el grifo de la cocina. Y el retrete era un retrete, como contaré más adelante. Hoy en día, tanto en la casa de los Esscher como en *Kurtbo* (así se llama otra vivienda cercana donde veranea la segunda generación) sigue sin haber televisión, solo viejas radios que se encienden para escuchar noticias o el parte meteorológico. Este gusto por lo primitivo, por la vieja manera de vivir, está arraigado en el alma sueca a gran profundidad. Y no es que no se puedan permitir algo mejor. Más bien todo lo contrario. Las autoridades suecas prohíben cualquier nueva construcción en el archipiélago de Estocolmo y solo autorizan mejoras menores en las casas ya existentes. Si una minúscula cabaña en medio de un islote no tiene ni energía eléctrica ni agua corriente, no se permitirá ninguna obra para instalar tales infraestructuras. Aun así, los precios de estas casas primitivas, en especial las que están más próximas al agua, alcanzan precios exorbitantes.

En la primera novela de Jens Lapidus de su *Trilogía negra de Estocolmo*, que lleva por título *Dinero fácil*, uno de sus protagonistas es Jorge-Boy (él se hace llamar J-Boy), un narcotraficante de poca monta de madre chilena pero criado en Suecia. Ha vivido toda su vida en un barrio de inmigrantes de una de las ciudades dormitorio que rodean la capital sueca. Cuando escapa de la cárcel, perseguido tanto por la policía como por sus viejos socios de una mafia de la antigua Yugoslavia, decide refugiarse en una casa en las proximidades de Nörrtelje que sus dueños han cerrado ya, puesto que el verano ha terminado. Pese a que ha vivido siempre en Suecia, J-Boy desprecia a los “vikings” y a su amor por aquellas casas sin apenas comodidades. El autobús 620 –el mismo que nosotros utilizaríamos para llegar Högmarsö– tiene una parada llamada Wira Bruk. J-Boy se baja en ella y, después de descartar varios sitios, fuerza la puerta de una vivienda cerrada para el invierno por sus propietarios. Una vez instalado se dispone a pasar allí unos días mientras espera una llamada. Mira por la ventana: “En el exterior empezaba a haber luz. Del suelo se elevaba neblina. El paraíso de los

suecos. Diviértete con la paradoja: él, Jorge, el hijo del asfalto, inmerso en el mundo de los vikingos y disfrutaba. Era tan bonito...”.

El libro de Jens Lapidus es una de las referencias literarias más recientes del archipiélago de Estocolmo. Pero no es la única. Uno de los padres de la literatura sueca que ocupa un lugar merecido en las letras universales, August Strindberg, vivió durante una temporada en el pueblo de Furusund, a menos de media hora de navegación desde el embarcadero de los Esscher en Högmarsö. Y Astrid Lindgren, la creadora de Pippi Calzaslargas, residió los últimos años de su vida en una casa roja de ventanas blancas justo al lado del puerto de Furusund, donde todavía atracan barcos de vapor que llevan a Estocolmo.

La fría, severa y eficiente Suecia, que anida en los tópicos de los europeos meridionales, se diluye bajo el sol del corto verano sueco en los pocos caminos que cruzan esa pequeña isla de la misma forma que se desvanece la bruma sobre el agua del Báltico conforme el día avanza. Durante dos décadas he intentado entender qué es Suecia y la conclusión, sin duda provisional, es que Suecia se puede concentrar en esa pequeña ínsula de poco más de dos kilómetros cuadrados, como cualquiera de las 35.000 que hay en el archipiélago de Estocolmo y cuyo paisaje, de prados, bosques y agua, se repite a lo largo y ancho de casi todo el país excepto en el lejano norte.

En el mundo hay lugares con poder. Se trata de un aura, una atmósfera que conmueve, que hace pensar, que hace sentir cosas que no se perciben, por ejemplo, en el vestíbulo principal de un centro comercial el primer sábado de rebajas. Esa fuerza puede emanar de la energía de la naturaleza, como las llanuras del Serengetti, donde una vez dormí bajo las estrellas arrullado por el rugido de los leones; o del peso de la historia, como ocurre bajo las arcadas de la Abadía de Westminster en Londres; o de la disposición de la arquitectura, como muestra la Piazza de la Signoria de Florencia; o del prodigio de la modernidad que se exhibe en la plaza de Times Square de Nueva York. Högmarsö también tiene ese poder. Sus veredas rodeadas de abetos y abedules hacen recordar algo bueno, algo olvidado a la vez que anuncian algo

nuevo que es aún mejor. Aunque también he estado en ella en invierno, cuando el mar es una placa dura de hielo brillante, es en verano cuando toda su energía parpadea entre las hojas de los árboles, pinta de rojo chillón las grosellas que crecen con lujuria entre inmensos helechos y azula los arándanos en las matas. Entonces no es difícil escuchar, entre los rumores del bosque, risas infantiles que vienen de las casas cercanas y esperar que a la siguiente vuelta del camino aparezca una niña de cara pecosa, medias por encima de la rodilla y largas trenzas pelirrojas y tiesas a ambos lados de la cabeza.